

ORDO
CISTERCIENSIS S.O.
Viale Africa, 33
00144 ROMA

ABBAS GENERALIS



Visión de la Navidad San Bernardo - Dalmática Abadía Tilburg 1936

+

Roma, 17 de agosto de 2022

¡SOÑEMOS!

Hermanos y hermanas,

Hace seis meses, el Capítulo General me eligió como vuestro Abad General, y desde todas partes expresasteis el deseo de que el nuevo Abad General inspiraría a la Orden con cartas circulares regulares - una tarea nada fácil, pero, desde mi propia pobreza, intentaré dar lo que tengo.

La fiesta de San Bernardo de Claraval me pareció una buena ocasión para esta primera carta circular. Me animan en esta tarea, no tan fácil, las palabras de San Bernardo al principio de su comentario sobre el Cantar de los Cantares: "*¿Quién va a repartir este pan? El dueño de la casa está presente, es el Señor a quien debes ver en la partición del pan. Porque, ¿quién podría hacerlo más adecuadamente? Es una tarea que no me atrevería a arrogarme. Así que mírame como alguien de quien no buscas nada. Porque yo mismo soy uno de los buscadores, uno que mendiga junto a vosotros el alimento de mi alma, el alimento de mi espíritu. Pobre y necesitado, llamo a esa puerta suya que, "cuando se abre, nadie puede cerrar..."*" (SCCI.4)

ORDO
CISTERCIENSIS S.O.
Viale Africa, 33
00144 ROMA

ABBAS GENERALIS

Después de mi elección, dije al Capítulo General que en el tiempo que transcurría entre las dos partes del Capítulo me gustaría visitar las Reuniones Regionales. Comencé a hacerlo, y gracias a ello no sólo conocí mejor a los superiores de la Orden, sino que también experimenté las alegrías y necesidades de las distintas Regiones. En todas las Reuniones Regionales, pedí a los y las superiores que compartieran conmigo sus sueños para la Orden. Así lo hicieron, ¡y con qué dedicación soñaron!

Algunos habrán fruncido el ceño ante tanto sueño. ¿Para qué sirve? ¿De dónde viene? ¿Qué quiere conseguir con ello el nuevo Abad General? ¿No es el momento y la situación actuales de la Orden lo que llama a la acción? ¿No es toda esa basura una negación de la realidad? ¿No tenía razón el Eclesiastés: *"El exceso de trabajo lleva a la ensoñación y el exceso de charla lleva a las palabras alocadas"* (Eclesiastés 5:2)?

Permítame que se lo explique. Durante la primera parte del Capítulo General, leí el librito del Papa Francisco con el título (en inglés) "¡Soñemos!" Escribió ese librito durante la pandemia. Para él, soñar es una forma de salir de una crisis. Una crisis, dice, *"...es un momento para soñar a lo grande, para repensar nuestras prioridades -lo que valoramos, lo que queremos, lo que buscamos- y para comprometernos a actuar en nuestra vida diaria sobre lo que hemos soñado"*. *Lo que oigo en este momento es similar a lo que Isaías oye decir a Dios a través de él: Ven, hablemos de esto. Atrevámonos a soñar"*. (Is 1, 18)

En esta carta circular, quiero que analicemos juntos la importancia de los sueños como vía para salir de la crisis. No se trata de los sueños en sí, sino de lo que hay detrás o debajo de ellos. *"El sueño simboliza la vida espiritual de cada uno de nosotros, ese espacio interior que cada uno está llamado a cultivar y custodiar, donde Dios se manifiesta y a menudo nos habla"* (Papa Francisco, Audiencia, 26 de enero de 2022). Todos nosotros tenemos sueños en medio de la crisis en la que se encuentra nuestra Orden; sueños no sólo sobre nuestra Orden, sino también sobre la Iglesia y el mundo del que formamos parte, ¡sueños incluso sobre nosotros mismos! No olvidemos las palabras del profeta Joel: *"Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones"* (Joel 2:28). Cuando ya no sabemos soñar, es como si se hubiera secado el espacio interior en el que Dios nos habla.

Para mí, soñar tiene todo que ver con la revitalización de nuestro carisma cisterciense, un tema que está cerca del corazón de muchos en nuestra Orden. Hoy, tenemos que volver a poner claramente el carisma en primer lugar: “...nuestras vidas están totalmente orientadas a la experiencia del Dios vivo... Estamos dispuestos a recibir del Espíritu el don de la oración pura e ininterrumpida. Esta búsqueda de Dios anima toda nuestra jornada” (Declaración sobre la vida cisterciense). Este fue el sueño expresado por el Capítulo General de 1969, pero en esta carta quiero mostrarles que también fue el sueño de San Bernardo, y espero que también sea nuestro sueño común.

El sueño del joven Bernardo

Cuando Guillermo de San Thierry escribió la vida de Bernardo de Claraval, lo que quería era contar las historias "*de las que uno saborea que Cristo vive y habla en él (Bernardo)*" (Vita Prima 15). A Guillermo no le preocupa tanto la persona de Bernardo como mostrar, a través de estos maravillosos relatos, cómo el evangelio se hizo carne y sangre en este hombre. El evangelio no es otra cosa que Cristo mismo. El secreto de la vida de Bernardo causó una gran impresión no sólo en Guillermo de San Thierry, sino también en otros contemporáneos. Así, leemos en Cesáreo de Heisterbach que la gente quería seguir a Bernardo en su camino monástico porque en él "*el Evangelio había vuelto a la vida*" (Diagolus miraculorum I.6). Esto es lo que Guillermo de San Thierry quiere relatar a través de su *Vida de Bernardo*.

Consideremos un incidente de la juventud de Bernardo, tal como lo relata Guillermo. "*Bernardo progresaba considerablemente en su fe, y el Señor se le apareció como una vez se le había aparecido a Samuel en Silo y le reveló su gloria. En la solemnidad de la Natividad del Señor, cuando por la noche todos se preparaban, como era costumbre, para las vigiliassolemnas, el Señor se le apareció. Como la hora de celebrar el Oficio Nocturno se retrasó un poco, Bernardo estaba sentado esperando con todos los demás e inclinó su cabeza vencido por el sueño. Entonces sucedió que el niño Jesús se reveló en su Santa Natividad al pequeño, despertando en él los inicios de la contemplación divina y aumentando su tierna fe. Jesús se le apareció como el esposo que sale de su cámara. Se le apareció ante sus propios ojos como el Verbo sin palabras que nace del vientre de su madre, más bello en su forma que todos los hijos de los hombres. Bernardo entró en trance para que su amor infantil fuera transformado por el*

ABBAS GENERALIS

santo Infante. Tan persuasivo fue este momento para su mente que está convencido y aún mantiene que estuvo presente en el momento mismo del nacimiento del Señor" (VP II.4).

Este sueño del joven Bernardo apunta al carisma cisterciense, todavía oculto en la juventud de este niño, pero que se convertirá en una realidad viva una vez que sea adulto. En primer lugar, el sueño nos muestra algo, expresado en muchas imágenes. Ocurre de noche y, por tanto, está oscuro. Las personas no miran al frente, sino que están sentadas con la cabeza inclinada esperando, adormecidas; una especie de estado de sueño en el que las personas ven de forma diferente. Entonces el sueño conduce a un discernimiento: se hace una distinción. Lo que se ve se aclara a la luz del día y de la hora del nacimiento del Señor. Finalmente, el sueño lleva a Bernardo a actuar concretamente sobre él.

Tras el breve relato del sueño, Guillermo de St. Thierry escribe: "*De los que escuchaban a menudo [a Bernardo] se desprende que el Señor le colmó de bendiciones en aquel momento, ya que habló con más frecuencia de este misterio y profundizó en su significado. Después escribió un pequeño libro en alabanza a la Madre de Dios y a su Hijo y a su Santa Natividad entre sus obras y tratados, tomando su material del evangelio de San Lucas, donde se lee: 'El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea'". El sueño se tradujo en acciones concretas de Bernardo por escrito y en hechos.*

Ver-Elegir-Actuar son precisamente las tres palabras que el Papa Francisco relaciona con el valor de soñar. Para él, una crisis es un tiempo para ver, un tiempo para elegir y un tiempo para soñar.

Un tiempo para ver

Volvamos por un momento al sueño de San Bernardo y analicemos más detenidamente estas tres palabras. Pueden ayudarnos, como Orden, como comunidad y como individuos, a encontrar una respuesta en la crisis en la que vivimos hoy. Tal vez piensen que utilizo la palabra "crisis" con demasiada frecuencia, pero si observamos de cerca la situación en la Orden, y en la Iglesia y en el mundo de hoy, ciertamente estamos viviendo una crisis, una época en la que muchas cosas están cambiando y están bajo presión. Los estudiosos hablan incluso hoy de una situación única de acumulación de crisis. Sistemas enteros están bajo una fuerte presión y exigen soluciones. Es un momento, no para cerrarse, sino para ver con los ojos del corazón lo que importa ahora; un momento para tomar las decisiones correctas y un momento para actuar.

La forma en que Guillermo de San Thierry describe el contexto del sueño del joven Bernardo evoca la imagen de una reunión de personas paralizadas; una comunidad en una pequeña pero reconocible crisis. La liturgia de la Nochebuena no comienza a la hora prevista por alguna razón poco clara. La gente se ha reunido para celebrar la Navidad, pero todo parece haberse paralizado; están esperando, sin saber. En lugar de celebrar con convicción, todo parece estar congelado. La gente se duerme, con la cabeza inclinada hacia sí misma. Ya no prestan atención a los demás, ni a Dios, sino sólo a sí mismos. La gente vuelve a caer en el sueño de la indiferencia.

Se puede ver la realidad distanciándose. Pero la distancia no significa perder de vista lo concreto, el detalle. En medio de la comunidad adormecida, Guillermo deja soñar a un niño concreto, Bernardo. Donde primero parecía no haber atención al individuo, de repente hay atención por parte del joven Bernard. Dios irrumpe en su oscuridad mostrándole -a su amado- en plena luz, algo que es a la vez grande y muy cercano. Dios se hace humano en esta realidad concreta. El misterio de la Encarnación sólo puede verse cuando nos atrevemos a distanciarnos de él y, al mismo tiempo, mantenemos la mirada en la realidad concreta en la que tiene lugar este maravilloso misterio.

El Papa Francisco pone a menudo el dedo en la llaga cuando habla del virus de la indiferencia. En la noche de Navidad del sueño de Bernardo, este virus estaba presente y todos estaban infectados por él. La indiferencia es un virus que nos hace no ver la realidad, que aumenta la crisis a través de sus efectos secundarios de narcisismo, desánimo y pesimismo. Si nos atrevemos a dar un paso atrás, veremos este virus de la indiferencia y sus efectos secundarios no sólo en esta breve historia, sino también en nuestra Orden, en las comunidades y quizás en nosotros mismos. Por eso, ¡ayuda a soñar!

Precisamente en esta pequeña crisis Guillermo situó el sueño del gran misterio de la Encarnación, un sueño que se convertiría en el corazón del carisma cisterciense. Dios se hace humano. Él ve a cada uno de nosotros. No permanece indiferente, implicado sólo en sí mismo; Dios sale, a la periferia, hacia cada uno de nosotros, para animarnos y darnos la luz de la vida.

Para descubrir el carisma, se necesita un tiempo para ver.

Un tiempo para elegir

El Papa Francisco escribe: *"Entre el primer paso, que es acercarse y dejarse impresionar por lo que se ve, y el tercer paso, que es actuar concretamente para sanar y reparar, hay una etapa intermedia esencial: discernir, y elegir... Para este segundo paso, necesitamos no sólo la apertura a la realidad, sino un sólido conjunto de criterios que nos guíen: sabernos amados por Dios, llamados a ser un pueblo en servicio y solidario. Necesitamos también una sana capacidad de reflexión silenciosa, lugares de refugio frente a la tiranía de lo urgente. Sobre todo, necesitamos la oración, para escuchar las indicaciones del Espíritu y cultivar el diálogo en una comunidad que nos sostenga y nos permita soñar. Así armados, podremos leer bien los signos de los tiempos y optar por un camino que nos haga bien a todos"* (Papa Francisco, *Soñemos*).

En el sueño del joven Bernardo, este proceso tiene lugar en un ambiente de oración, en medio de una comunidad, y conduce al discernimiento "de que ésta era verdaderamente la hora de la Natividad del Señor". Este sueño fue el descubrimiento de un signo de los tiempos. La encarnación se convirtió para San Bernardo en el verdadero signo de los tiempos que el mundo anhelaba.

Aquí estamos en el corazón del carisma cisterciense. *"Nuestra vida [está] totalmente orientada a la experiencia del Dios vivo"*. La encarnación no es para San Bernardo otra cosa que la experiencia del Dios Vivo en nuestra debilidad humana. El Papa Benedicto XVI lo resumió muy bien: *"Para San Bernardo, el verdadero conocimiento de Dios consistía en una experiencia personal y profunda de Jesucristo y de su amor. Y, queridos hermanos y hermanas, esto es cierto para todo cristiano: la fe es ante todo un encuentro personal e íntimo con Jesús, es tener una experiencia de su cercanía, su amistad y su amor. Es así como aprendemos a conocerlo cada vez mejor, a amarlo y a seguirlo cada vez más. Que esto nos ocurra a cada uno de nosotros"*. (Audiencia, 21 de octubre de 2009).

Para discernir el carisma se necesita un tiempo para elegir.

Un tiempo para actuar

San Bernardo vio el secreto de la Encarnación. Vio cómo Dios se preocupaba por él y se vaciaba para hacerse humano, trascendiéndose a sí mismo para convertirse en el último de todos. En este ver y en el discernimiento de ese momento, San Bernardo descubrió la dignidad

ABBAS GENERALIS

de la persona humana a la luz de la Encarnación: "Oh maravillosa bondad de Dios para buscarnos, oh excelsa dignidad del hombre, para ser buscado".

De este modo, un sueño se hizo realidad en la vida de San Bernardo, y creció hasta convertirse en el núcleo de su vida, su espiritualidad. Gracias a esta realidad vivida, Bernardo pudo volver una y otra vez a este núcleo de su vida. Este es, en mi opinión, el significado de la última frase del sueño, tal y como nos la recoge Guillermo: "Está convencido y sigue manteniendo que estuvo presente en el momento mismo del nacimiento del Señor". Cada momento en que vemos y discernimos la dignidad de nuestra humanidad y actuamos en consecuencia, es la verdadera hora del Nacimiento del Señor.

Y desde esta hora podemos actuar. La Encarnación de Cristo se convierte para nosotros en la escuela del hacerse humano. Esta acción es la misión de nuestro carisma cisterciense que nos ha confiado la Iglesia. El Capítulo General de 1969 dijo: "La Iglesia nos ha confiado una misión que queremos cumplir con la respuesta de toda nuestra vida. . . Dar un claro testimonio de ese hogar celestial que todo hombre anhela, y mantener vivo en el corazón de la familia humana el deseo de este hogar". En esa escuela de la Encarnación, San Bernardo nos enseña a actuar, a actuar no como un niño sino como un esposo, no como una persona terrenal sino como alguien que busca las cosas del cielo, no como alguien separado de Dios sino como alguien que es como Dios. Ese es nuestro carisma; ¡esa es la misión que se nos ha confiado!

Para vivir el carisma se necesita un tiempo para actuar.

¡Atrévase a soñar!

Hermanos y hermanas, espero que, si tenemos el valor de soñar hoy, en medio de la crisis de nuestra Orden, descubriremos el carisma cisterciense que se nos ha dado a cada uno de nosotros. Puede que esté oculto dentro de nosotros, como era el caso del joven Bernardo, o puede que ya sea claramente visible a nivel adulto. O tal vez se haya perdido, sumergido en la confusión y el desconocimiento. Pero debemos seguir creyendo que el carisma está presente en virtud del don de Dios otorgado a cada uno de nosotros.

Una forma de salir de la crisis es un redescubrimiento, a través de la ensoñación, del carisma: un redescubrimiento a través del ver, elegir y actuar; un redescubrimiento del hecho de que somos vistos, queridos y amados por Dios. Por lo tanto, pertenecemos a Dios, y no sólo a Dios, sino también a los demás, porque la finalidad de la Encarnación no es la salvación de

ORDO
CISTERCIENSIS S.O.
Viale Africa, 33
00144 ROMA

ABBAS GENERALIS

un individuo, sino de todo el pueblo de Dios. Este tiempo de acción nos invita a recuperar nuestro sentido de pertenencia, el saber que formamos parte de un pueblo. El redescubrimiento de nuestro carisma es ante todo una conversión mística que es también una conversión social.

Por lo tanto, ¡el sueño es de gran importancia! Si nuestras acciones no se basan en el discernimiento nacido de la visión contemplativa, pronto caeremos en el estrés y la fatiga. Especialmente en tiempos de crisis, es importante permanecer atentos a la primacía de nuestra vida de oración. Dedicemos tiempo a la oración, a la reflexión, para tomar distancia y ver dónde y cómo podemos amar. Nuestra respuesta en la crisis debe ser el amor basado en nuestra oración, porque rezar es amar, ¡amar es rezar!

Hermanos y hermanas, espero que el sueño del joven Bernard pueda ayudarnos a todos a empezar a soñar (de nuevo). Una canción popular de la iglesia holandesa dice: "Siembras tu nombre en nuestros sueños más profundos". Escuchemos esa voz de Dios en nuestro interior. ¡Ahí encontraremos el carisma cisterciense! ¡Comparte esos sueños con los demás! No es una tarea fácil, porque es tentador decir, con los hermanos del patriarca José, "¡Aquí viene ese maestro soñador! Vamos, matémosle" (Gen. 37,19-20). Escuchémonos unos a otros, de verdad, y no matemos los sueños de los demás ni los descuidemos, sino que veamos, discernamos y actuemos en consecuencia.

Que esta sea mi primera pequeña contribución a ese deseo de muchos de revitalizar el carisma cisterciense que se nos ha confiado a todos. Les deseo una hermosa y bendita fiesta de San Bernardo. Encomiendo la segunda parte del Capítulo General a sus oraciones para que también allí tengamos el valor de soñar. Que María, que se casó con un soñador, interceda por todos nosotros.

Dom Bernardus Peeters
Abad General